



APORTES PARA EL SINODO

DEBILIDADES DEL INSTRUMENTO DE TRABAJO

Lo que echamos en falta es que no está explicitada sistemáticamente la sinodalidad básica¹: tenemos que caminar juntos toda la vida para irnos haciendo humanos y cristianos en la cotidianidad en relaciones mutuas horizontales, gratuitas y abiertas, no sólo con los cristianos sino con todos los seres humanos, ya que todos están en el corazón de Jesús y sobre todos está derramado su Espíritu. El irnos haciendo humanos y cristianos, porque mientras vivamos nunca estaremos hechos sino siempre en proceso, está ausente y la cotidianidad sólo se nombra; pero no se explana ni se advierte que, sin ese irnos haciendo juntos en el día a día, las reformas institucionales son cascarones vacíos. Sí se nombra el caminar juntos (42, 60). Al hablar de los carismas sí se habla de que se ejercen en la vida cotidiana, en las relaciones familiares y sociales, en las situaciones más diversas (28). También se habla del “encuentro entre las Iglesias en la concreción de la vida cotidiana de las ciudades y de los barrios” (47). Es lo más básico y lo que Dios quiere, pero se lo nombra ocasionalmente y no es un hilo conductor.

Y lo que está absolutamente ausente es que todos hasta el final de nuestra vida estamos en camino porque “el modo humano de ser es ser siendo”² y porque nunca somos del todo ni hijos en el Hijo único ni hermanos en el Hermano universal. Y que nuestro camino es tan abierto que con nuestras acciones podemos hacernos o deshacernos, así que tenemos que ir por el buen camino, y ese camino es siempre con otros en relaciones horizontales, gratuitas y abiertas.

Se reconoce que la estructuración actual de la institución eclesiástica, piramidal y autorreferencial, ya que está atendida a sus doctrinas, preceptos y ritos, debe transformarse radicalmente, y se explana acertadamente lo que habría que hacer en cada caso, pero habría que tematizar en cada caso, cómo no se hará o lo que se haga no transformará la Iglesia, si no incluye la sinodalidad básica. Esto está implícito en el reconocimiento de que “ninguna reforma puede limitarse únicamente a las estructuras, sino que debe arraigarse en una transformación interior según los «sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5)”. Y por eso la primera conversión que se explicita es la de la escucha mutua (19).

Esa es la explicación de por qué esa sinodalidad, basada en la escucha compartida del Espíritu en conversaciones de delegados heterogéneos al sínodo, que fue una experiencia novedosa y genuinamente cristiana (65), no se ha difundido y en ese sentido no ha vitalizado a la Iglesia. Se reconoce que la mayoría de los laicos o no se han enterado o no se han sentido concernidos (12). Está bien la autocrítica. Creo que esta falta de participación de la mayoría es lo que hay

¹ Trigo, *Sinodalidad básica en la Iglesia latinoamericana*. Buena Prensa/ Imdosoc, México 2023

² Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*. UCA, San Salvador, 1999, 345

que encarar. Lo que ha funcionado, los equipos que se han conformado, ha funcionado bien, pero no ha provocado un cambio visible en el funcionamiento normal ni de la mayoría del pueblo de Dios, ni más específicamente de la mayoría de la institución eclesial. Creo que la mayoría no se ha visto implicada y muchos ni siquiera se han enterado. ¿Cómo hacer para que estas conversaciones desde la escucha compartida del Espíritu se difundan hasta volverse habituales en todos los ámbitos? Sólo se hará, si se acepta como colectivo personalizado la realidad de que no estamos hechos ni humana ni cristianamente y que tenemos que hacernos caminando juntos, como verdaderos hermanos en Cristo en la cotidianidad.

Ya hemos indicado que se explicita bastante cómo las mujeres tendrían que participar de cargos y de la toma de decisiones; pero no se percibe que lo que están haciendo actualmente en la cotidianidad es mucho más trascendente que eso, y que por eso, mientras no cambie el modo de entender y practicar el presbiterado, la Iglesia perdería mucho si bastantes de ellas dejan lo que están haciendo para hacer lo que hacen los presbíteros o incluso para participar de organismos, si eso absorbe su vida y se pierde esa cotidianidad tan fecunda. Es más importante la vida cotidiana que lo institucional, siendo esto imprescindible, pero debe arraigarse en la cotidianidad, cosa que no acaba de verse, aunque se mencione.

Lo mismo podemos decir de las nuevas comunidades (57,90). No se examina si están arraigadas en la cotidianidad abierta o son grupos autorreglamentados que viven su vida, y su relación con el exterior es sólo de proselitismo o influencia.

Para que el irnos haciendo, caminando juntos, sea con congruencia cristiana, es decir en seguimiento explícito de Jesús, es imprescindible, tanto la lectura orante personal y comunitaria de los evangelios, que está ausente del documento, como la encarnación por abajo en la sociedad en la que vivimos, que tampoco se explana. Esto es así porque seguir a Jesús es hacer en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya y sólo podemos saber lo que hizo a través de la contemplación orante de los evangelios. Por dos veces se menciona que el fundamento, el punto de partida y el criterio es la escucha de la Palabra de Dios (61,63) y se menciona que “las Sagradas Escrituras constituyen el testimonio por excelencia de la comunicación de Dios con la humanidad” (61). Está bien, pero es grave que no explicita ni privilegie la contemplación sistemática, tanto personal como comunitaria, de los evangelios, que son la fuente indispensable para el seguimiento de Jesús, que nos convoca.

Pongamos dos ejemplos elementales: la catequesis de la “primera comunión” es en orden a recibir a Jesús. Por consiguiente, debería consistir en explicar al niño quién es esa persona a la que van a recibir y eso sólo se encuentra en los evangelios. Como no es eso lo que se da, los niños reciben a su Jesús; pero no reciben conscientemente a Jesús de Nazaret; aunque, si el deseo del niño es realmente trascendente, el Espíritu, que es el de Jesús, los pone realmente con él, aunque no puedan tematizarlo. Hay parroquias que insisten que lo más sagrado que hacen es la hora de adoración al Santísimo. Pero si no se contemplan orantemente y de modo sistemático los evangelios ¿a quién adoran? No, conscientemente a Jesús de Nazaret, a quien

sólo podemos conocer conscientemente desde dentro a través de la contemplación orante de los evangelios³.

Se dice repetidamente que todo el pueblo de Dios es el sujeto anunciador del evangelio (Introducción) que es la única misión de la Iglesia (id), que la sinodalidad permite anunciarlo (9), que el don del evangelio se ofrece a personas concretas y situadas (11,80), que hay que ofrecer la belleza del evangelio (I parte), de la comunión entre todos los que comparten la proclamación del evangelio (23, 45), que ella se basa en la escucha compartida del Espíritu (62), que se da la oposición al evangelio a lo largo de la historia (48). Como se ve, en estas citas evangelio es la buena nueva de Jesús, no específicamente los cuatro evangelios⁴. La última recomendación del papa a los niños en su encuentro en Roma (25-26 de mayo 2024) fue leer diariamente alguna parte del Evangelio, aunque sea “un pedacito cada día”. “Sus padres, sus catequistas y sus maestros los ayudarán a entender lo que significa. Pero son ustedes los que tienen que leerlo, y pedirle al Espíritu Santo que los ayude a entenderlo y a ponerlo en práctica. Se necesita valentía para seguir lo que dice el Evangelio, se requiere valor, pero es el camino a la felicidad”. Dios quiera que le hagamos caso, no sólo los niños, sino, con más razón, los adultos. Los cuatro evangelios tendrían que ser nuestro libro de cabecera.

Una última observación sería sobre el bautismo. Desde la Introducción se asienta que “la llamada a ser discípulos misioneros se funda en la identidad bautismal común” (cf 108); que “del bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo surge la identidad mística, dinámica y comunitaria del Pueblo de Dios” (1, cf 3); que estamos “unidos en el único Bautismo, del que brotan la identidad del Pueblo de Dios y el dinamismo de la comunión, la participación y la misión” (108), que “la participación se basa en las implicaciones eclesiológicas del bautismo” (cf 23,24,32,36) y que por él estamos todos “en plena igualdad” (13); que “al donar el Espíritu Santo, el Señor Jesús hace partícipes de su relación con el Padre a quienes reciben el bautismo” (22), que “este pueblo, aunque de manera diferente, participa de esos mismos dones de Cristo en el sacerdocio común fundamentado en el bautismo” (37), que la sinodalidad “ha hecho aflorar con fuerza el deseo de comprender mejor el significado de la dignidad bautismal” (52), y se pregunta “cómo ser corresponsables a la luz del dinamismo de nuestra vocación bautismal personal y comunitaria” (111).

Si todo se funda en el bautismo, ¿por qué no se plantea si tiene sentido bautizar a los niños? Si “esta aventura comienza con la escucha de la Palabra de Dios, gracias a la cual el catecúmeno entra progresivamente en el seguimiento de Cristo Jesús” (24), ¿por qué no se bautiza como culminación de este proceso, en vez de limitarse a afirmar que “no es una acción puntual, encerrada en el momento de su celebración” sino que debe ser “puesto en práctica mediante

³ Para el sentido de esta lectura orante y el modo o método de hacerla, ver Trigo, “Lectura orante comunitaria de la Palabra de Dios”. En *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*. Convivium Press, Miami, 2008,

⁴ Para contribuir a esa lectura orante, he publicado mi propia lectura orante, un promedio de cinco horas por cada contemplación, de dos evangelios: *El evangelio de Juan orado* y *El evangelio de Mateo orado* Bogotá: Universidad Javeriana 2016, 2020 y este año me publicará la Buena Prensa, México 2024, *El evangelio de Marcos orado*. Así como también *La pascua de Jesús orada según los evangelios*. Sal Terrae, Maliaño 2019 y *Los evangelios de la infancia orados*. Buena Prensa/Imdosoc, México 2022

el compromiso de conversión” (24). Hemos insistido que siempre nos estamos haciendo cristianos; pero la decisión de hacernos y el paso simbólico de morir y renacer ¿no lo tiene que dar conscientemente cada quien, como se hacía en la Iglesia primitiva? ¿No es hoy más necesario ese cambio porque ya no se trasmite ambientalmente el cristianismo?

El ser humano, como los demás animales, se caracteriza por la interacción simbiótica con el medio. Esta interacción tiene tres pasos: se comienza recibiendo, luego se asimila y finalmente se da. Cuando se transmitía el cristianismo ambientalmente, él formaba parte de la socialización de la mayoría, por eso un niño bautizado podía ir recibiendo gradualmente el cristianismo y si se decidía a asimilarlo, podía llegar a practicarlo. Así lo hemos comprobado los mayores en América Latina. Pero ahora no se recibe ambientalmente. Si el niño no está en contacto con alguien que lo viva muy personalmente y lo trasmite, ignorará el cristianismo. Si en todo caso nos parece más congruente recibir el bautismo después de una iniciación, hoy, en estas circunstancias ¿no se torna imprescindible, si se quiere tomar en serio la vivencia personalizada del cristianismo?